

congregaciones religiosas posteriores á San Ignacio se dirigieran, para consejo y direccion, á la Compañía de Jesus. El beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador de los Padres Descalzos de la Orden de la Santísima Trinidad, mucho debió á los Padres de la Compañía, *que fueron los que le dirigieron, aconsejaron y defendieron cerca del Pontífice, y con empeño religioso no dejaron de pedir que se cumpliesen sus deseos.* La beata María Victoria Fornari Strata, fundadora de la Orden de la Santísima Asuncion, llamada la *Turchine*, fué dirigida por un jesuita, á quien hizo disponer las reglas para su congregación, y suplicó siempre ardientemente á los jesuitas que quisieran aceptar la direccion de su Orden, á lo cual no accedieron. El beato Pedro Fourier sometió al juicio de cuatro religiosos de la Compañía las reglas de su nueva congregación. La venerable Juana María Chezard de Matel, fundadora de las religiosas del Verbo encarnado, fué grandemente ayudada en la fundacion de su Orden por los jesuitas, y los consideró siempre *hombres apostólicos que se fatigan por la gloria del nombre de Dios.* Al venerable Luis M. Grignon de Montfort, que fundó en Francia muchas congregaciones piadosas, *los jansenistas no le perdonaron nunca su afecto inviolable á los jesuitas, sus antiguos maestros y sus directores ordinarios.* El venerable Juan Bautista de la Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas cristianas, amó y estimó á los jesuitas, hasta resolver con ellos los puntos más esenciales de su instituto. La venerable Montalvo, fundadora de los célebres monasterios de la Quiete y de Ripoli, en Toscana, conferenció tambien con los jesuitas sobre las reglas dadas por ella, y principalmente con Segneri. La beata María de la Encarnacion y Santa Verónica Giuliani discutieron con los jesuitas sobre su espíritu, para su aprobación y consejo: hasta María, virgen de Quito, beatificada en estos últimos tiempos, fué completamente dirigida por los jesuitas, á los cuales amó con ternura. Para cerrar este cuadro, hablaré del grande y piísimo San Alfonso de

Ligorio, que vivió en los tiempos de las mayores persecuciones de la Compañía, y consignaba por escrito: «Estoy más ansioso que si fuesen persecuciones contra nuestra mínima congregacion, tratándose de una Orden que ha santificado, por decirlo así, todo el mundo, y sigue todavía santificándole. Además del gran bien que hacen en el ejercicio del ministerio apostólico, deben estimarse mucho por el talento particular que tienen para meter en el corazon de los jóvenes las preciosas semillas de la piedad, hasta el extremo de que sus discípulos, despues que entran en el mundo, edifican á toda clase de personas, y en todos los países. Los jansenistas y todos los novadores quisieran destruir esta religion para quitar casi el baluarte de la Iglesia de Dios. Si los jesuitas viniesen á ménos, los incrédulos se verian libres de sus adversarios potentísimos. Los jesuitas son hombres resueltos, y su Compañía se gloriará siempre de combatir á todos los enemigos de la Iglesia.» Y, finalmente, cuando Clemente XIII salió al palenque para defenderlos, el Santo no pudo dejar de escribir al Pontífice la carta siguiente: «Santísimo Padre: la Bula que Vuestra Santidad ha dado en alabanza y confirmacion de la Compañía de Jesus, ha llenado á todos los buenos de un placer en el cual he tomado yo parte. Profeso la mayor estimacion á esta Compañía por el gran bien que hacen sus santos religiosos con sus ejemplos y fatigas de toda clase, en cualquiera parte donde se encuentran. Puedo dar testimonio de los prodigios de su celo y de su amor, que he debido admirar viviendo en Nápoles. El Señor ha querido que en los últimos tiempos fuesen probados con fieras persecuciones; mas Vuestra Santidad los ha consolado superabundantemente, porque, como Cabeza de la Iglesia y Padre de todos los fieles, ha tomado con solemnidad su defensa, publicando con una santa Bula sus méritos delante de Dios y delante de los hombres. Así ha respondido Vuestra Santidad á los malévolos que procuran impedir que, no sólo sus personas, sino tambien su instituto, fuese querido. En cuanto á nosotros, pastores de almas,

que hallamos en el celo y en las fatigas de estos excelentes religiosos un gran alivio para guiar nuestra grey, y yo que soy el último de los Obispos, damos á Vuestra Santidad humildísimas gracias por lo que ha hecho, suplicándole que se digne proteger siempre esta Orden, que ha dado á la Iglesia tantos buenos operarios, á la fé tantos mártires, y al mundo todo tantos buenos ejemplos. Por todas partes se ven sus fatigas apostólicas, y los países católicos, herejes é infieles han sido inflamados por sus sudores (1).» Ignoro qué impresionarán en el espíritu de algunos todas estas alegaciones de la estimación y amor que los más grandes Santos de esta última edad profesaron constantemente á la Compañía de Jesús, y muchas otras que se pudieran añadir, á ser necesario; pero para un lector juicioso compensarán bastantemente las injurias y el odio del apóstata Fr. Norberto, de los herejes, de los *apelantes*, de Vicente Gioberti, y, si quereis, hasta de los magnos autores de la *Biblioteca civil de los italianos*. Ciertamente los jesuitas, por el favor de aquellas almas tan grandes cerca de Dios, se alegran mucho más de lo que se entristecen por las injusticias y el odio de éstos.

Aún tienen un juicio mucho más auténtico en su favor, ó sea el de la Sede Apostólica, Cátedra de la verdad. La causa de lo verdadero no se ha encomendado ni á los Santos (por muy venerable que sea su opinión), sino á la Cátedra de Pedro. Esta, pues, en mil ocasiones privadas y públicas, con Bulas, Breves y Constituciones apostólicas, alabó constantemente, aprobó, promovió y defendió la Compañía de Jesús despues de haberla dado sér y vida. A un católico debería bastarle, para dirimir toda controversia, esclarecer este punto, lo cual es facilísimo, porque desde Paulo III, que con su aprobacion fundó la Compañía, hasta los últimos que ocuparon la Sede de Pedro, fueron sus protectores. No desplazca á los lectores que recoja de varios autores los juicios de los Romanos Pontífices,

(1) *Vita de S. Alf.*, del Sr. Jeancard.

y se los ponga brevemente á la vista, Los jesuitas eran, segun Paulo III, que ántes que los demás confirmó la institucion de San Ignacio, los hombres impulsados por el espíritu de Dios para renunciar á toda esperanza terrena, con el fin de consagrarse á Jesucristo en la predicacion de la divina palabra, en el servicio de los enfermos, en la educacion de la juventud: eran el fértil campo que con la palabra y el ejemplo iba todos los dias multiplicando sus frutos (1).

Eran para Julio III los amados hijos que, habiendo dado un adios á las vanidades del siglo, servian al Señor en espíritu de humildad, y merced á un celo ardiente, unido con la doctrina y el ejemplo (2).

Marcelo II, que fué Pontífice sólo veintidos dias, pidió á San Ignacio de súbito dos padres *para discutir, aconsejar y resolver sobre las materias más graves del servicio divino*, añadiendo al Santo fundador: *Procurad vos hacer gente, y Nós cuidaremos de emplearla* (3).

Paulo IV los juzgaba dignos de predileccion por sus esfuerzos generosos para caminar con la doctrina y el ejemplo sobre las huellas de Jesucristo, y añadía: «La familia de esta Compañía, salida de pequeños principios, como la Iglesia de Dios, ha crecido extraordinariamente, no sólo no quejándose nunca á pesar de tantas fatigas, sino haciéndose de dia en dia más ilustre y más grande (4).»

Pio IV, en un Breve al emperador Maximiliano, decía que los jesuitas eran los inocentes, calumniados por envidia del bien que hacen, los cuales salen de la acusacion más gloriosos que ántes. En el Breve *Etsi ex debito* afirma estaba compelido á concederles favores especiales, porque, como llevan el nombre de Jesús, con las obras, con la doctrina y con los ejemplos procuran imitarle.

Para San Pio V los jesuitas eran por su religion,

(1) Bula *Reg. Licet*.

(2) Bula *Sacræ religionis*.

(3) Bartoli: *Historia de Italia*.

(4) Brumato: *Historia de Paulo IV*.

por su vida intachable, por sus costumbres santas, por su pericia en las letras y en las divinas Escrituras, los autores del fruto abundante que se recogía en el mundo católico, y los sembradores de la palabra divina en las tierras bárbaras; Dios quería que fuesen colegios de los mismos todas las ciudades, y especialmente las inficionadas por la herejía (1): él mismo les confió la penitenciaría de San Pedro.

Para Gregorio XIII, que habla de los jesuitas á lo ménos en veintisiete de sus Bulas y Breves, eran los operarios incansables para desarraigar los errores de la viña del Señor (2), los héroes destinados á reprimir la audacia de Satanás con su inocencia, con su doctrina, con la administracion de los Sacramentos, con su vida ejemplar (3); el dique levantado contra el mahometismo y la herejía (4); sus amados hijos, que, encerrados en parte en sus casas, se dedican á la enseñanza de la juventud en la religion y en las ciencias, á la predicacion evangélica, á la administracion de los Sacramentos, conduciendo nuevamente á los extraviados y confirmando á los vacilantes; y en parte, esparcidos sobre la haz de la tierra, penetran en los países salvajes para convertir y educar hombres que llevan una vida de bestias (5): añadiendo los hechos á las palabras, abrió casas y colegios de ellos en la Europa entera.

Segun Sixto V, eran los instrumentos oportunos para que volviese á florecer la religion y se purificase (6): cuando se le dijo que algunos se prometian, muerto Gregorio, molestar impunemente á la Compañía, protestó que habia mostrado con su conducta el afecto que les profesaba.

(1) Bula *Innumerabiles*, Breve 21 de Mayo á Salentino, arzobispo de Colonia.

(2) Breve *Inmensa pietas*.

(3) Breve *Semper amavimus*.

(4) Breve *Dum attenta*.

(5) Bula *Salvatoris*.

(6) Breve *Coelestis*.

Gregorio XIV confirmó de nuevo el instituto de la Compañía, prohibiendo bajo penas severísimas impugnarlo directa ó indirectamente, porque, decia, «la religion de la Compañía de Jesus, suscitada por la Providencia en los tiempos presentes, ha trabajado hasta hoy con tanta valentía y prosigue trabajando tan incesantemente, que nosotros creemos que su turbación y debilidad redundan en daño comun de la Iglesia; así como, por el contrario, que su paz é integridad contribuyen mucho á la utilidad de la misma. Por lo cual Nós, que hemos amado siempre la sobredicha Sociedad con amor sincero por los frutos copiosos que ha producido en la Iglesia de Dios,» etc. (1).

Clemente VIII se dignó llamarla el brazo derecho de la Sede Apostólica (2). Pablo V dijo: «Cuánto la Compañía de Jesus progresa en beneficio de la fé, de la piedad y de la religion, bien lo sabemos nosotros, y lo sabe además toda la república cristiana (3).» Gregorio XV la declaró «Sociedad clarísima para la defensa del nombre católico, y por sus victorias contra los herejes; cuánto es por Nós estimada, lo demostrarán á todas las provincias de la tierra, y en los siglos futuros aquellos dos defensores del imperio cristiano, Ignacio y Javier, por Nos incluidos en el número de los Santos (4).»

Urbano VIII é Inocencio X alaban en ellos, casi con las mismas palabras, su celo por la salvacion de las almas, su caridad hácia Dios y hácia el prójimo, su fidelidad é integridad en la instruccion de la juventud; aquél les confia el colegio Ilirico, y éste promueve sus misiones sagradas. Alejandro VII hace de ellos en una Constitucion un elogio desmesurado, y procura introducirlos en la provincia de Venecia, lo cual consiguió Clemente IX protesta amar con especial afecto de amor apostólico á la Compañía de Jesus, Orden célebre por sus hombres,

(1) Bula *Exoptat nobis*.

(2) Suarez, *De relig.*, vol. iv. Vene., pág. 332.

(3) Instit. lit. apost.

(4) Append. ad Bull. S. Congr. de Propag. fide.

adornados extraordinariamente de piedad y de religión, de doctrina en las ciencias sagradas y en las bellas letras, en la ciencia de la propia salvación y de la de otros, y conspicua por méritos singulares hácia la Santa Sede (1).

Omito las palabras de Clemente X y XI, de Inocencio XI, XII y XIII, de Alejandro VIII, porque, repitiendo los elogios casi con las mismas fórmulas que los precedentes, sería enojoso para el lector; vengo más bien á varios de los últimos tiempos, para que se vea cuál fué la constancia de la Santa Sede al juzgarlos así. Benedicto XIII nota los copiosos frutos que la venerable Compañía de Jesus produce en todos los países, cada vez más abundantes, con la doctrina, con la palabra, con el ejemplo, y el fervor con que excita á los fieles á obras pías y saludables en memoria de Jesucristo: los ensalza, y dice que los quiere con amor peculiar (2). Benedicto XIV habla con encomio de los jesuitas, á lo ménos en diez Bulas. En la que comienza *Præclaris* dice que son el buen olor de Cristo, y que tales los consideran en todas partes. En la que principia *Constantem*: «Es cosa clara y conocida de todos, dice, cómo la Compañía de Jesus, religion aficionadísima á esta Santa Sede, se ha gloriado y se gloria no inmerecidamente de ser como noble madre de un gran número de religiosos, muy recomendables por su cristiana virtud, por el esplendor de su disciplina, por sus muchísimos conocimientos literarios, y por su celo de la eterna salud de los fieles.»

Finalmente, Clemente XIII, viendo á las potestades del siglo, seducidas por la filosofía volterriana, conjurarse para la destrucción de la Compañía, se puso á defenderla con grandísimo ardor. Escribió al rey de España estas frases enérgicas: «Es inocente de todo punto (lo decimos en presencia de Dios y de los hombres) el cuerpo, el instituto, el espíritu de la Compañía de Jesus; y no sólo inocente, sino pío, útil, santo en su objeto, en sus le-

(1) Inst. S. J. litter. apost.

(2) Idem.

yes y en sus máximas; á pesar de que lo opuesto han querido probar sus enemigos, sólo han logrado su descrédito y el odio á las mentiras y contradicciones con que han pretendido establecer su asercion falsa.» Invitó despues al gran cardenal Torreggiani, su Nuncio en aquel reino, para que desengañase á las personas preocupadas por cualquiera impostura é imputacion contra la Compañía; procuró que el Supremo Consejo de Castilla hiciese quemar por mano del verdugo el libro de las *Reflexiones*, por estar lleno de injurias y calumnias contra los jesuitas: escribió veintisiete Breves en diversos puntos de la Cristiandad, para los reyes de Francia, Portugal, España y Polonia, así como para Obispos y Arzobispos, á fin de manifestarles las tramas urdidas contra la Compañía. En fin, el Vicario de Jesucristo, hablando á toda la Iglesia por medio de una solemne Constitucion, confirmó nuevamente el instituto de la Compañía de Jesus, proclamando su inocencia. Ahora bien. Despues de dichos testimonios y de otros muchos que hubiera podido sacar del Bulario romano en favor de los jesuitas, pregunto á un lector, con tal que sea católico solamente: ¿se puede creer que la Compañía de Jesus haya sido tan criminal como los enemigos de la Iglesia se complacen en sostener? La Santa Sede, pues, ó la Cátedra apostólica, no sólo no nos habrá iluminado para que comprendamos los peligros que nos amagan por los jesuitas, y los evitemos, sino que nos habrá conducido expresamente al error, alabando, promoviendo, recomendando y estableciendo las obras de su Compañía. Ni lo habrá hecho sólo á escondidas, ó bien con los Breves, que son, por decirlo así, la voz privada del Vicario de Jesucristo, sino con Bulas y Constituciones que constituyen la voz solemne con que á los fieles habla, guía y amaestra. Y lo habrá hecho, no sólo un Pontífice, sino cuantos vivieron en el Vaticano, haciéndose así cómplices del propio delito. Los jesuitas son de moral corrompida, de fé contaminada, la piedra de escándalo de la juventud, los autores de la supersticion, los enemigos de los

tronos, la peste pública; pero la Santa Sede elogia su doctrina, su saber, sus conocimientos en las divinas Escrituras, la santidad de su vida, la bondad de sus ejemplos, su fervor sincero, y los frutos copiosos que han producido en todo género de obras santas. ¿Puede persuadirse un católico de que así ha de engañarnos la Sede de Pedro? Sería preciso entonces condenar también, juntamente con los jesuitas, á la propia Sede augusta, como hacen los protestantes. Espero que mis lectores no llegarán á tal exceso.

CAPÍTULO IV.

Continúa la misma materia.

I. Supresion de la Compañía.—II. Hombres doctos y santos la anatematizan.—III. La expulsan gobiernos ilustrados.—IV. La Iglesia puede marchar sin ellos.—V. ¡Se entrometen tanto! ¡Tienen tanto dinero!—VI. Son impopulares.

I. A lo manifestado en el capítulo anterior puede replicarse: sea que tantos Pontífices hayan encomiado altamente la Compañía; es verdad, empero que un Pontífice la suprimió: debió, pues, hallarla criminal. Lector, tal es el gran argumento de todos los enemigos de la Compañía. Veamos, pues, qué valor tiene.

Ante todo fingid que no pudiera darse contestacion á la dificultad propuesta, y que fuese preciso conceder la consecuencia. Decid sinceramente: ¿No os causa impresion ver á todos los enemigos de la santa Iglesia, á todos los detractores sempiternos del Pontificado romano, á todos los incrédulos y á todos los libertinos hacer siempre una excepcion en favor de Clemente XIV, vilipendiándolo é insultándolo con sus alabanzas inícuas? Si creen su juicio de tanto valor por ser de un Pontífice, ¿cómo desprecian el de tantos otros Pontífices que, como hemos visto, han amado, promovido, estimado y defendido siempre á los jesuitas? ¿Acaso no son ya Pontífices porque favorecieron á la Compañía? ¿No se cuentan entre ellos Santos, como San Pio V, y doctísimos como Gregorio XIII y Benedicto XIV? ¡Todos desaparecen, sin embargo, en presencia de Clemente XIV! ¿Qué quiere decir esto? Explicadlo vosotros.

Os explicaré yo en dos palabras cómo el Padre Santo Clemente XIV pudo suprimir la Compañía sin juzgarla criminal ni poco ni mucho. Considerad